

## UN ALUMNO EJEMPLAR DEL POLITÉCNICO

Ángel Marcel

Junio 13 de 2006

Hace un par de años recibí en mi clase de **Taller de escritura** a un alumno que había perdido “por vago” la materia. Era repitente. Su actitud no podía ser más displicente y desdeñosa. El curso empezó con la consideración de que es mejor escribir textos a partir de **problemas** y **preguntas** inquietantes que nos llenen de perplejidad y asombro, y no sobre temas obvios o anodinos, que a la larga no son otra cosa que lugares comunes. Preguntarnos sobre la importancia de la alimentación para la preservación de la vida y la salud, sería tanto como servirle en bandeja de plata el tema a Perogrullo.

Cuando, semanas después, llegó el momento de formular preguntas que sirvieran de base para la redacción de textos, entre ellos el trabajo final, nuestro alumno no quiso proponer ninguna. Dijo que la clase no le interesaba. Que era una **costura**. Preguntado sobre las razones por las que estaba allí, contestó que simplemente le tocaba. Que el programa de estudios así se lo exigía. Que necesitaba esa “**nota**” para poder continuar su carrera de ingeniero.

–¿De modo –le dije- que usted considera que este cuento de la escritura no es importante para usted?

–Así es –me contestó-. Para eso están las secretarías. Lo que me interesa es graduarme de ingeniero.

–Amplíemos la pregunta –añadí-. ¿Usted pensaría que sin esas materias llamadas humanísticas podría lograr una buena formación como ingeniero?

–Claro –contestó-. Deberían suprimirlas y darnos la oportunidad de ver materias más **útiles** para la carrera.

–¿Cómo cuáles?

–No sé. Cosas **chéveres**, cosas interesantes, que sirvan para algo, no esas babosadas de las humanidades. Lo que quiero es llegar a “gerenciar” la empresa de mi papá, y allí tenemos buenas secretarías.

–Pues en lo que acabamos de hablar –le dije- hay un **problema** interesante, una **pregunta** que puede formular para dar comienzo a su trabajo. Pase al tablero.

De mala gana pasó al tablero, mientras el curso vislumbraba la “puesta en escena” de un espectáculo bastante divertido.

–Tenga la bondad –le dije- de escribir en la parte de arriba una pregunta sobre lo que acabamos de hablar. Diga con pocas palabras lo más que pueda, **sin cometer errores de gramática ni de grafía**.

Con una risita medio torcida, y después de pensarlo un momento, escribió:

### **¿SON LAS UMANIDADES INDISPENSABLES EN LA FORMASION PROFECIONAL DE UN INJENIERO?**

–Para empezar –le dije- “humanidades” se escribe con **h**, “formación” con **c** y lleva tilde, “profesional” con **s**, y la palabra “ingeniero” se escribe con **g**, porque viene de “ingenio”, que quiere decir “máquina”. Pero no importa, la pregunta es muy buena, y puede servirle, si de veras le preocupa, como tema para su trabajo. Corrigió.

–Ahora –añadí- escribamos un **objetivo**: ¿Qué quiere *demostrar* o *describir* o *narrar* o *criticar* o *reflexionar* a partir de su pregunta?

–Quiero **demostrar** –dijo- que las humanidades no son indispensables en la formación de un ingeniero.

–¿Se da cuenta? –le dije-. Pues escríbalo. Ya tenemos el **tema** y el **objetivo**. Ahora, con ese **objetivo** como columna vertebral, escriba un pequeño plan de trabajo que le permita contestar su pregunta mediante un texto escrito que no supere las cuatro o cinco cuartillas, y que usted desarrollará, corregirá y perfeccionará en lo que queda del semestre.

Para entonces, aunque socarrona, la cara de nuestro alumno era de franco entusiasmo, más por el reto que se le ofrecía que por otra cosa. Escribió:

#### **PLAN DE TEMAS**

1. ¿En qué consiste la formación profesional en ingeniería?
2. ¿Qué es formación en humanidades?
3. Relación entre las humanidades y la formación profesional en ingeniería
- 4. Inutilidad de las humanidades**
5. Conclusión.

–Perfecto –le aplaudí-. Ya tenemos el **plan**. Ahora debemos buscar unos apoyos, unas **fuentes bibliográficas**, unos autores que apoyen su locura, porque hasta este momento usted no me ha convencido.

–¿Y dónde los consigo? –me preguntó-.

–Pues en la **biblioteca** o en el **Centro de Cómputo**. ¿Dónde más?

–¿Me deja salir de clase?

–Por supuesto. Vaya, pero vuelva cuando haya encontrado algo. Asesórese, pida ayuda, que el tema vale la pena.

Al rato regresó.

–No encontré nada –nos dijo-.

–Debe ser –comenté- que nuestra biblioteca es bastante pobre en esos temas. Le sugiero una visita a la Luis Ángel Arango.

Después de una semana, volvió el alumno con la mala noticia de que en la Luis Ángel tampoco había encontrado nada. No había ningún libro que apoyara su intento por demostrar que las humanidades sobran en la formación de un ingeniero.

–Vaya –le sugerí- a la biblioteca de la Universidad Nacional. Como allá son más rebeldes que nosotros, es posible que tengan obras subversivas que apoyen su proyecto.

–Tampoco –dijo cuando volvió al cabo de dos o tres clases a las que, por supuesto, había capado.

–Pues si en verdad no hay quién lo apoye, le toca solo, compadre –sentencié-. Y, ¡ay de usted si no me convence!, porque mi propuesta, después de que lea su “**revolucionario**” trabajo, escrito primero en borrador, luego corregido, reescrito y otra vez corregido hasta que le quede impecable, será proponerle al decano de su facultad, mi amigo el ingeniero Ignacio Vélez Pareja, que elimine del plan de estudios ese embeleco de las humanidades, pues, como quedará sin duda demostrado, las tales humanidades no son indispensables en la formación de nuestros estudiantes de ingeniería.

Para no alargar el cuento, debo decir que el alumno hizo un excelente trabajo, que todavía conservo, en el que demostró todo lo contrario: que **la formación humanística sí es por lo menos importante en la formación profesional de los ingenieros**, como podía verse en la aventura intelectual en que con verdadero gusto se había involucrado.

Éste es para mí un modelo de alumno. No necesariamente el “estudiante juicioso” que saca cinco en todo, que hace todas las tareas pero nunca se cuestiona nada. Siento una gran admiración por mis alumnos rebeldes, contestatarios, críticos, pensantes, inconformes, porque tienen la posibilidad de descubrir alguna cosa que oriente sus vidas para siempre. Y, como dice Sábato, ante ellos me inclino con profundo respeto.